

R. 31046

400840
MADE IN SPAIN

DISCURSO

LEIDO EN LA

SOLLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1937-38

POR EL

Dr. D. Pedro Tomás H. Redondo

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
 N.º Documento 243566
 N.º Copia 243635

GRANADA
Imprenta H.º de Paulino Ventura
Mesones núm. 52
1937

INV
VA
24
43

DISCURSO

LEIDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1937-38

POR EL

Dr. D. Pedro Tomás H. Redondo

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
GRANADA	
N.º Documento	243566
N.º Copia	243635

GRANADA

Imprenta H.º de Paulino Ventura

Mesones núm. 52

1937

Menéndez y Pelayo, primer defensor de la hispanidad

Ilmo. Sr.

Señoras y señores :

Con profunda emoción subo en los momentos presentes a ocupar esta Cátedra para disertar desde ella, e inaugurar, con esta mi primera lección, el breve cursillo que por mandato de la Superioridad y bajo la advocación del sapientísimo Menéndez y Pelayo hemos de desarrollar en esta docta casa. Emoción que se acrecienta al entreabrir hoy solemnemente esta Universidad después del paréntesis a que las circunstancias históricas y los deberes primordiales del patriotismo nos han obligado en ese lapso de tiempo.

He dicho *entreabrir* (y no retiro la palabra) porque por desgracia las puertas de este recinto no se han abierto hoy, como de costumbre, a la arrolladora riada estudiantil que en los años de paz penetraba en ella con la alegría, el entusiasmo y el bullicio propios de la mocedad, inundando los claustros y los patios con sus risas cascabeleras o sus chanzas burlonas e inocentes, con ese

optimismo que sólo sentimos cuando jóvenes al contemplar la vida sin preocupaciones ni zozobras que atormenten el alma.

Hoy todos hemos entrado serios, graves y circunspectos, atezado el espíritu por un pensamiento común. La ausencia de uno de los factores esenciales para que la vida universitaria se desarrolle plenamente, la falta del elemento estudiantil en la genuina acepción de la palabra. Porque estudiantes en realidad somos todos, alumnos y profesores (y ¡ay de éstos el que no lo sea!) Y estudiantes son además todos aquellos elementos extrauniversitarios que durante todo el curso de su existencia tienen afán de aprender. Desde el sesudo varón o la dama erudita hasta el humilde religioso o la señorita intelectual que estudian no sólo para aumentar el nivel de su cultura, sino también para abrirse nuevos derroteros (siempre loables) en la cotidiana lucha de la vida.

Pero el estudiante verdad (aunque a veces de tal solo tenga el nombre) es aquel joven que emprende su carrera con ánimo de ser útil algún día a sí mismo, a la sociedad y a su Patria. Y ese precisamente, por estar cumpliendo una misión altamente patriótica, por estar defendiendo el honor de España en parapetos o trincheras, o en otros servicios auxiliares del Ejército, es el que nos falta ahora en esta solemne sesión en la que queremos recordar, y valga el buen deseo, las celebradas en otros tiempos de paz, aunque yo creo que lo que pretendemos más bien es anunciar ya para el año venidero la firmísima esperanza de que muy pronto volverá a funcionar la máquina universitaria otra vez en España, de una manera plena y eficiente; y con el noble fin de que no se enmohezcan sus engranajes ahora la echamos a andar, con bonísima intención, para que luego, bien encajadas las piezas y renovadas o modernizadas con un alto sentido patriótico, dé frutos a España y al mundo entero como en el siglo XVI lo dieron nuestras gloriosas Universidades de Salamanca o de Alcalá.

Porque, señores que me escucháis, una de las tareas más gratas del porvenir será la de *españolizar* por completo la Universidad, desechando el lastre napoleónico que la envolvía, para hacer de ella verdadero foco de cultura y no una mera fábrica o expendeduría de títulos académicos, como ha sido hasta ahora, evitando además en el futuro la propaganda de ideas perniciosas y disolventes que han contribuido sin duda a la descomposición moral y material de España y han dado ocasión finalmente a esta guerra incruenta que nos desangra, aunque de ella salgamos to-

dos purificados y dispuestos a rehacer y crear una España nueva sobre las ruínas que el marxismo destructor nos haya dejado al ser, por fortuna, vencido y expulsado definitivamente de nuestro territorio.

* * *

Antes de entrar, como vulgarmente se dice, en materia, permitidme que, siguiendo costumbre inveterada en estos actos, dedique un piadoso y cristiano recuerdo a aquellos de nuestros compañeros y amigos que rindieron tributo a la Muerte en el período de tiempo que abarca desde la anterior apertura hasta el momento presente.

En vez de la alabanza, obligada y rendida de antemano, yo pido una oración para aquellos profesores y alumnos que cayeron envueltos en la vorágine de la lucha, singularmente los que murieron por el honor de España. Centenares de nombres de estos últimos pudieran entresacarse entre la larga lista de los que cayeron gloriosamente por la Patria. Sólo he de resaltar el nombre de uno de ellos, D. ANTONIO RIVERA RAMÍREZ, aquel héroe del Alcázar toledano, al que se llamó por antonomasia en excelente crónica periodística el “ángel del Alcázar”.

Este joven católico y patriota cursó los últimos años de la carrera de Derecho en esta Universidad de Granada y fué en vida—como en la muerte—modelo de caballeros y de estudiantes. A pesar de un defecto físico que en la vista padecía y que le imposibilitaba leer lo que él quisiera, hasta el punto de tener que valerse de un lector, siempre obtuvo en sus exámenes las mejores calificaciones. Y como “*sicut vita finis ita*” como vivió, murió. Dando vivas a España y a Cristo Rey para soportar los terribles dolores que la amputación del brazo izquierdo, destrozado por la metralla marxista, le producían.

Yo creo que la Universidad de Granada y singularmente su Facultad de Derecho se honrarían muy mucho si esculpieran su nombre en una de las aulas juntamente con el de otros héroes alumnos caídos por España, para que sirvieran de ejemplo, admiración y estímulo a las venideras generaciones de estudiantes.

Y cumpliendo este penoso deber de gratitud y recuerdo a los caídos daré comienzo a este mal hilvanado discurso, escrito *calamo corrente* en el breve espacio de pocos días, acerca de “MENÉNDEZ Y PELAYO, PRIMER DEFENSOR DE LA HISPANIDAD” que nos ha sugerido la lectura de uno de los capítulos de la hermosa

obra del mártir de la Patria don Ramiro de Maeztu, a quien se puede y se debe considerar como uno de los mejores discípulos que ha tenido en los actuales tiempos el glorioso polígrafo santanderino.

* * *

Bajo múltiples facetas se podría estudiar la gigantesca figura de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y a buen seguro que cada una sería motivo, no de un discurso, sino de un extenso volumen si se fuera a escudriñar detenidamente su labor. Yo me propongo tan solo, para no fatigaros demasiado, hacer un esbozo rapidísimo del *hombre*, del *sabio* y del *artista* como antecedente necesario para explicarnos su gran *patriotismo* y la labor ingente que desarrolló durante toda su vida en favor de España, haciendo resaltar, como luego veremos, los valores de su gloriosa tradición y dando a conocer al mundo entero las grandezas olvidadas o desconocidas de nuestra Patria; en una palabra, haciendo labor de *hispanidad* como lo atestigua el mismo Maeztu al afirmar que “la vida de Menéndez y Pelayo, entre los muertos, y las de sus continuadores, nos han valido el conocimiento de una España inmortal, creadora y maestra de una Hispanidad que puede, si quiere enraizarse en su pasado, defender su futuro contra todas las sacudidas de los demás pueblos” (1).

EL HOMBRE.—Como hombre recibió Menéndez y Pelayo dotes especialísimas con las que suele adornar la Providencia, de vez en cuando, a sus elegidos. En primer lugar le concedió un talento extraordinario, verdaderamente genial, que empezó a desarrollar desde su más tierna infancia. Sólo así se explica la asombrosa fecundidad de que dió muestras al comprender y traducir los clásicos latinos cuando sólo tenía doce años. Consecuencia también de su talento privilegiado son las poderosas dotes de asimilación que disfrutaba y la memoria felicísima que poseía, cualidades que le permitieron retener ideas y hasta páginas enteras de muchos de los libros que leía, de tal forma que podría decirse de él lo que los romanos aplicaban a Terencio Varrón, que “era una verdadera biblioteca viviente y un museo ambulante”.

Pero además poseía una voluntad férrea para trabajar intelectualmente doce o catorce horas diarias sin fatigarse lo más

(1) R. de Maeztu: *Defensa de la Hispanidad*, pág. 282.

mínimo, lo que unido a su gran poder de asimilación, nos explica la labor verdaderamente ciclópea del más sabio de nuestros hombres de los últimos tiempos. Añádase a esto el dinamismo de que hacía gala, pues recorrió en su juventud las principales bibliotecas de Europa y de España y solo de ese modo podremos comprender el tesoro de ciencia y sabiduría que se halla almacenado en sus libros.

Una de estas bibliotecas que visitó fué la del duque de Gor en Granada, según nos refiere su discípulo Bonilla. “El 16 de Marzo (1878) salió para Granada, donde D. Leopoldo Eguílaz y otros amigos le obsequiaron espléndidamente. Allí estuvo ocho días y visitó la biblioteca de los duques de Gor, en la cual extractó 24 cartas inéditas de Góngora; una segunda parte manuscrita de las *Flores de Poetas ilustres* de Pedro de Espinosa, un elegante poema latino de Calvete de Estrella en loor del Cardenal Espinosa; un tomo de opúsculos inéditos de Jáuregui; otro en pro y en contra de las *Soledades* de Góngora; un códice de Fernán Pérez de Guzmán y varias traducciones de epigramas de Marcial hechas por Quevedo” (1).

No es de extrañar, pues, que con este bagaje intelectual ganara a los 21 años en oposición reñidísima la cátedra de *Literatura general y española* de la Universidad de Madrid, disputándola con D. José Canalejas y D. Antonio Sánchez Moguel, entre otros. Ni que a los 25 años tuviera escrita la colosal *Historia de los heterodoxos españoles* que le mereció ocupar en tan temprana edad un puesto en la Academia Española al lado de graves y sesudos varones que se hacían lenguas de la sapiencia y juventud del nuevo académico. Y a poco de este brillante éxito le fueron franqueando la entrada las demás Academias, como la de Bellas Artes, la de Ciencias Morales y Políticas y la de la Historia, de la que llegó a ser Director hasta su muerte, al mismo tiempo que dirigía la Biblioteca Nacional.

Ninguna puerta se resistía al embate científico y artístico del joven polígrafo que honraba de ese modo a España y a la tierra santanderina que le vió nacer. Pero sobre todas estas cualidades, tan raras y tan maravillosas en un mortal, tenía otra que ante mis ojos le hace aún superior. Me refiero a la virtud de la modestia y de la sencillez, dotes que siempre resplandecen en los verdaderos

(1) Bonilla San Martín: Int. al tomo IV de los *Orígenes de la novela*, pág. 36.

sabios. Vivía con gran sobriedad, pues todo el dinero que reunía, después de lo necesario para acallar sus necesidades, lo dedicaba a la adquisición de libros. Otros muchos se los regalaron, como aquella famosa Colección Didot, obsequio de sus paisanos, a los que dedicó después en agradecimiento cariñosísima y sentida Epístola poética. Por eso reunió en Santander una hermosa biblioteca que a su muerte legó a la ciudad en que nació y que lleva su nombre.

Porque entre otras virtudes que le adornaban resplandecía también en primer término la *gratitud*. Gratitud para todos los que le habían favorecido o ayudado, para sus paisanos y singularmente para sus maestros Llorens, Milá y Rubió y Ors; y sobre todo hacia aquel que tanto le había protegido desde su cátedra de Valladolid, D. Gumersindo Laverde Ruiz, al que nuestro sabio consultaba frecuentemente y con el que llegó a colaborar en algunas obras. Por cierto que es curiosa la anécdota de la devoción que sentía por él D. Marcelino al negarse a llamarle de *tú* cuando aquél se lo propuso en una carta, por el respeto que siempre le inspiró el que había sido su maestro en la Universidad vallisoletana.

Con él le unió una estrecha amistad toda su vida, que compartió también especialmente con otros santanderinos ilustres, como fueron Amós Escalante, Cedrún de la Pedraja y muy singularmente el novelista D. José María de Pereda, al que animó repetidas veces en la ejecución de su hermosa obra literaria y al que propuso finalmente para ser recibido en el seno de la Academia Española. Pero no sólo Hermanó con éstos, sino que también fué gran amigo de otros novelistas menos ortodoxos, pero de gran fama y arte, como fueron D. Benito Pérez Galdós, al que conoció en Santander, y sobre todo D. Juan Valera, con el que sostuvo una copiosa correspondencia que han publicado no ha mucho D. Miguel Artigas y D. Pedro Sáinz Rodríguez.

Hombre de espíritu elevado, D. Marcelino supo perdonar los yerros y agresiones de sus enemigos y hasta los olvidó para ponderar en ellos las excelencias que poseían. Así, después de su violentísima polémica con los krausistas, decía de ellos: "Es tal mi respeto a la dignidad ajena, me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende a zaherir, a mortificar, a atribular una alma humana hecha a semejanza de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aún la misma censura literaria, cuan-

do es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de lesa humanidad, indigno de quien se precie del título de hombre civilizado y del augusto nombre de cristiano... *Yo peleaba por una idea; jamás he peleado contra una persona, ni he ofendido a sabiendas a nadie.*"

Hermosísima declaración que deriva, como él mismo confiesa, del acendrado sentimiento de religiosidad que inundaba su alma. Y esta es la gran cualidad que poseía Menéndez y Pelayo, de la que dimanaban, como consecuencia inmediata, las demás que hemos ido enumerando y la que explica su gran patriotismo, que con la fe religiosa son las dos piedras que más refulgen en la corona de gloria que nimbó siempre las sienes del Maestro.

Católico por convicción y por herencia, ya que su familia y sus amigos vivieron como él en un ambiente de perfecta y santa tradición españolista, el pensamiento capital de su obra fué defender ante el mundo la idea católica haciendo resaltar las glorias y grandezas que el Catolicismo había reportado a la nación española a través de sus hombres más esclarecidos y de sus instituciones más excelsas. Y esta idea fué la que le atenazó toda su vida, gracias a la cual nos ha dejado tantas y tan maravillosas obras escritas y han sugerido un buen número de imitadores y discípulos que pretenden como él levantar y honrar, como se merece, el gran nombre de España.

Por eso al comenzar sus famosas oposiciones trazó sobre su frente la señal de la Cruz y por eso una de sus monumentales obras fué esa colosal *Historia de los heterodoxos españoles*, en la que trata de demostrar, y lo consigue ciertamente, que España nunca fué cuna de herejías, y que si esporádicamente hubo en ella algunos herejes o heterodoxos, éstos lo fueron siguiendo ideas o doctrinas de individuos que no fueron españoles. Por el contrario, en España nacieron los verdaderos defensores y apologistas del cristianismo, desde el Obispo Osio, que ya combatió a los arrianos, hasta los beneméritos españoles que acudieron al Concilio tridentino, donde formularon la verdadera doctrina católica y universal que ha salvado al mundo y a la civilización cristiana que ahora con tanto ahinco defendemos.

Católico en sus obras, católico en su vida y católico en su muerte fué Menéndez y Pelayo. Murió besando el Crucifijo, aquel mismo Crucifijo que había tenido entre sus manos yertas

la que le dió el ser. Como dijo muy bien Vázquez de Mella (1) al referir el episodio en un hermoso discurso, “eran dos agonizantes que se miraban; era el agonizante que estaba en la Cruz, y la Ciencia personificada en Menéndez y Pelayo, que agonizaba también... Por eso los labios del Maestro, al extinguirse la vida, exhalaban el último aliento; sus ojos encendidos miraron al Redentor, y entonces no fué sólo Menéndez y Pelayo el que besó a Jesucristo crucificado, fué también Jesucristo el que besó en él a la Ciencia española”.

EL SABIO.—Tal fué el hombre. Saludemos ahora, aunque sea rápidamente, en visita de cumplido, al sabio inmortal. Basta para apreciarle de tal echar una ojeada a la extensa bibliografía que inserta Bonilla al final de su magistral estudio sobre el particular, corregida y ordenada después por Artigas en su libro sobre “Menéndez y Pelayo”.

Pasma el ver no sólo las obras originales que produjo, indudablemente lo mejor y lo que le ha valido la fama y el renombre que justamente ha alcanzado, sino también la serie de traducciones, prólogos o introducciones que puso a las obras literarias de otros autores que se le disputaban para conseguir tan señalado honor. Eso sin contar los discursos que pronunció, bien como orador parlamentario, aunque pocos por fortuna, bien como académico al contestar a los nuevos recipiendarios en las diversas Academias de que formó parte.

Cuatro períodos distingue su discípulo Menéndez Pidal en la vida científica del sabio maestro santanderino: el de *polémica*, que abarca unos cinco años, los primeros de su juventud, en el que publica *La Ciencia española* y la *Historia de los heterodoxos*; el de *estética literaria*, que se desarrolla de los 26 a los 35 años, en el que aparecen infinidad de prólogos y las *Ideas estéticas* que tanto admiraba Benedetto Croce; el de *madures*, que va de los 35 a los 46 años, que es cuando sale a luz su famosa *Antología de poetas líricos* y los comentarios a las obras de Lope de Vega. Y por último, de los 46 a los 56 años, en que estudia de manera concienzuda y definitiva los *Orígenes de la novela*.

No es este lugar apropiado para hacer, aunque sea de una manera sintética y rápida, la crítica o el análisis de cada una de estas obras colosales. Baste decir que no han perdido actualidad y

(1) V. Mella: Obras completas, t. XVIII, pág. 122.

valor científico a pesar de los ataques más o menos solapados o encubiertos que le han dirigido algunos primates de la Institución libre de Enseñanza, deseosos sin duda de aminorar su mérito por el solo hecho de ser católico, o tal vez para auparse a costa suya y poderse codear con el glorioso sabio español.

Empresa inútil, porque todo el mundo civilizado, amante de las letras humanas, sabe todavía, y cada vez más, apreciar la labor interesante y verdaderamente científica de nuestro polígrafo montañés. A otros autores y bibliófilos, como Gallardo, la Barrera, etc., se les sigue consultando, pero a Menéndez Pelayo “se le lee además”, afirma con exacta visión el Sr. Bonilla, quien más adelante apunta, al hacer la clasificación de los escritos del Maestro (1): “Repasando el contenido de toda esta ciclópea producción, fácilmente se echa de ver su característica: Menéndez y Pelayo fué un *historiador crítico* de la literatura y de la filosofía española; su educación fué principalmente *humanística*; su espíritu de *poeta* y de artista. Por eso sus escritos admiten una clasificación bien sencilla, por razón de su contenido: son de *historia* y de *crítica literaria*, como la “Antología de poetas líricos castellanos”, la “Antología de poetas hispano-americanos”, los “Orígenes de la novela”, los “Estudios de crítica literaria”, “Calderón y su teatro” y el “Lope de Vega”; o de *Historia crítica filosófica* como la “Historia de los heterodoxos españoles”, los “Ensayos de crítica filosófica” y la “Historia de las ideas estéticas”; o de *erudición clásica* como la traducción de Cicerón, la “Bibliografía hispano-latina” y el “Horacio en España”; o de *poesía* como las composiciones de este título y las traducciones de obras poéticas. Pero todo en él era tan unitario y armónico, que semejantes clasificaciones serán siempre bastante arbitrarias; porque si sabía escribir artísticamente la historia era por su alma de poeta; y si su erudición era segura, consistió en que poseyó como el que más, los métodos de la investigación histórica; y si su poesía fué vibrante, debióse tanto a la nobleza de su alma, como a la profundidad de su pensamiento”.

Fué pues D. Marcelino, según esta acertada disección, un sabio de cuerpo entero, un humanista al estilo de aquellos del Renacimiento que él tanto admiraba y leía; un verdadero polígrafo, el “polígrafo” por excelencia, cuya fama traspasó las fronteras.

(1) Bonilla: Introd. al tomo IV de los *Orígenes de la novela*, pág. 92.

Le aventajarán algunos en el dato nimio o en el detalle escrupuloso y paciencioso, pero en la visión genial de los problemas literarios e históricos, tal como él los encontró, no hay ni habrá quien le aventaje. Baste decir que era una "rara avis", un genio de la crítica de esos que aparecen muy de tarde en tarde. Y puede afirmarse, sin temor a errar, que de él arranca la reconstrucción de nuestra Historia literaria y que todos los críticos actuales en España, y muchos fuera de ella, deben considerarse como verdaderos discípulos del grande, incommensurable Menéndez y Pelayo.

Ardua tarea sería enumerar ahora estos seguidares del maestro venerado cuya herencia recogieron y continuaron con verdadero cariño desde los Bonillas, Menéndez Pidal, Asín, Cotarelo, Rodríguez Marín, Cejador, etc., etc., hasta los actuales colaboradores de *Acción Española*, a cuya cabeza hay que poner a D. Pedro Sáinz Rodríguez que, con D. Miguel Artigas, son los verdaderos herederos y depositarios de la cultura literaria y crítica sembrada por el sabio montañés.

EL ARTISTA.—Pero si grande es su valor como sabio, reconocido universalmente, no lo es menor el que tiene como artista, y artista elevado en la verdadera acepción de la palabra.

Menéndez y Pelayo fué ante todo y sobre todo un gran poeta, enamorado de una dama ideal, dueña y señora de su pensamiento, que fué España. Muy joven, es verdad, tuvo ciertos amores más o menos platónicos, mujeres de carne y hueso que él divinizó en sus versos al modo petrarquista y a las que llamó Lydia, Epicaris, etc. Y para mayor analogía con nuestro Garcilaso o los poetas italianos del Renacimiento, las escribió versos latinos, en estrofas sáfico-adónicas, como lo pudieran haber hecho un Petrarca, un Bembo o aquel otro poeta apellidado "el amador de toda gentileza".

Pero pronto abandonó estos amores para dedicarse a cantar, ora en prosa ora en verso a otra dama más elevada y linajuda de la que se iba enamorando cada vez más y más, a medida que la iba conociendo y desentrañando en los libros y papeles de las bibliotecas: la Historia patria tan olvidada y desconocida en España como falseada en el extranjero, donde se había fraguado y extendido la *leyenda negra*, a la que dimos tal vez ocasión a veces, quizás de un modo inconsciente, los mismos españoles, como aquel célebre P. Las Casas, que llevado de su fanatismo llegó a exage-

rar, con buena intención, las crueldades más o menos ciertas cometidas por los españoles con los indios americanos.

Menéndez y Pelayo, alma enamorada de la tradición y de las glorias de España, llevó a sus libros este gran amor y lo expresó con las palabras más bellas, con las ideas más elevadas, con los períodos más sublimes, en los que no se sabe qué admirar más, si la verdad y profundidad de su contenido o la galanura del estilo y del lenguaje que emplea al relatar los hechos históricos o literarios. Era, pues, tan gran poeta en prosa como lo fué en verso.

Y conste que en verso manejó la lira admirablemente. Díganlo si no su famosa *Epístola a sus amigos de Santander*, o *Epístola a los Montañeses*, y su composición *Leyendo a Horacio*, en las que se acredita de elegante versificador, cuyos versos parecen cincelados con "primores de artífice toscano", según frase suya aplicada a los versos de Arguijo; sus composiciones amorosas y las traducciones que hizo, bien de autores clásicos como Esquilo, cuyo *Prometeo* puso en lengua castellana, bien de autores modernos como lord Byron y Heine, nos descubren en él un poeta y un técnico de subidos quilates. Hasta preparaba en colaboración con su maestro Laverde la publicación de una tragedia, *Séneca*, en la que hiciese resplandecer las virtudes de la raza encarnadas en el gran poeta cordobés (¡siempre el patriotismo!) y que no llevó a cabo porque le atemorizaba la idea de no hacer intervenir con toda dignidad a San Pablo.

En prosa, resulta tan ameno que con razón dice Bonilla (1) que "tratándose de un estudio de Menéndez y Pelayo, si emprendéis su lectura, llegará un instante en que la transparencia del estilo, la objetividad soberana de la expresión, os hagan olvidar al autor de la crítica y os sumerjan y embeban en el ambiente histórico que se describe, haciéndoos *vivir* en los tiempos y con los personajes de que habla".

Y crítico tan poco sospechoso como *Clarín* decía del autor de los *Heterodoxos*: "En Menéndez y Pelayo lo primero no es la erudición, con ser ésta asombrosa; vale en él todavía más el buen gusto, el criterio fuerte y seguro y más amplio cada día, y siempre más de lo que piensan muchos... Hay en sus facultades un equilibrio tal de belleza, que encanta el trato de este sabio, cuyo

(1) Int. a los *Orígenes de la novela*, pág. 69.

corazón nada ha perdido de la frescura entre el polvo de las bibliotecas”.

* * *

Magnífico resulta, como veis, el artista y el sabio, pero más grande es, a mi entender, el patriota, historiador de las glorias de España y *primer defensor de la hispanidad* en los tiempos modernos. Toda la obra del Maestro respondió a estos tres grandes postulados: *crítica* de lo presente, *reconstrucción* del pasado y *regeneración* del porvenir.

Conocedor de las grandezas de España llegó a sentir la idea de Patria como ningún otro, sin que le cegara por ello la pasión y dejara de reconocer los defectos o errores cometidos a veces por los españoles. El amaba y anhelaba en primer término la unidad nacional, sin la cual es imposible la idea de grandeza e imperio, pero reconocía que para llegar a ese grande amor, era necesario primero el amor al terruño, a la patria chica, aunque sin olvidar a la patria grande y única, como por desgracia hicieron los que alimentaron en sus regiones el morbo separatista que tantos daños nos ha producido.

Menéndez y Pelayo amaba a su región, la Montaña que le vio nacer, pero por encima de este amor, con ser grande, puso siempre el amor hacia España. Y así en una carta dirigida a la revista “*Cantabria*” se lee textualmente: “Los que sentimos con profunda sinceridad el amor a la gran Patria española, tan necesitada hoy del concurso de todos sus hijos, no podemos mirar con recelo, sino, antes bien, aplaudir calurosamente estas manifestaciones de la actividad regional, que son al mismo tiempo poderosos indicios de vida y de expansión fecunda. No puede amar a su nación quien no ama a su país nativo y comienza por afirmar este amor como base para un patriotismo más amplio. *El regionalismo egoísta es odioso y estéril*; pero el regionalismo benévolo y fraternal puede ser un gran elemento de progreso y quizá la única salvación de España.”

Esto explica también su devoción hacia aquellos escritores y sabios de otras regiones que como él supeditaron el amor de la tierra nativa al de España grande y única; tales fueron aquellos catalanes ilustres que se llamaron Milá y Fontanals, Rubió y Ors y, sobre todo, el gran Mosén Cinto, el poeta Jacinto Verdaguer, autor de la *Atlántida*, en la que canta el descubrimiento realizado

por Cristóbal Colón y celebra a aquella gran reina de Castilla Isabel la Católica.

Muy joven sintió Menéndez y Pelayo la defensa de la hispanidad al arremeter con el esfuerzo de su poderoso ingenio a los krausistas que negaban la eficacia y hasta la existencia de la ciencia española. Como afirma muy bien Bonilla: “el espíritu patriótico y alentador de toda la ciclópea obra de Menéndez y Pelayo constituye una de sus mayores excelencias y desde luego uno de sus más gratos encantos. En este sentido pocos libros hay (por mejor decir, ninguno) tan fortificantes para el ánimo de nuestro pueblo como *La Ciencia española*.”

Y este patriotismo se vislumbra también en todas las demás obras. En las páginas admirablemente concebidas y escritas de la *Antología de poetas líricos*, al tratar sobre todo de la epopeya medieval; en los *Orígenes de la novela*; en los prólogos de Lope y especialmente en el sublime *Epílogo* de los *Heterodoxos*, pieza admirable en fondo y forma que debiéramos saber de memoria todos los españoles y hacer de él nuestro *Carmen soeculare*.

No ha muchos años publicó Jorge Vigón una *Historia de España* seleccionada en la obra del Maestro (Madrid 1934) y a buen seguro que no existe hoy ninguna otra tan elevada ni tan bellamente escrita. El que quiera conocer a fondo cómo pensaba el sabio de nuestros hechos históricos y de la grandeza de los mismos le basta con repasar las páginas de esa *Historia de España* y en ella colmará con creces sus anhelos de comprender y admirar lo que hicieron nuestros antepasados. Así como el que quiera ahondar en su fe religiosa le bastará hojear el reciente libro del señor García de Castro, ilustre lectoral de esta basílica catedralicia, “Menéndez y Pelayo” (Madrid 1936).

En esas páginas históricas escritas por el Maestro santanderino bebió sin duda Ramiro de Maeztu para escribir después su admirable *Defensa de la hispanidad*, pues los principales puntos que desarrolla en su magistral estudio ya los había tocado antes el sabio polígrafo, de cuyas doctrinas vino a ser el llorado D. Ramiro como un nuevo apóstol que difundiera la buena nueva de la Verdad de España por todos los ámbitos del mundo. ¡Y en premio de ello recibió la palma del martirio!

LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI.—¡Cómo se entusiasma Menéndez y Pelayo con la España del siglo XVI! De esa dichosa edad “que con todos sus lunares y sombras resiste la comparación con las

edades más gloriosas del mundo”. Y más adelante añade: “La grandeza material, la extensión de los dominios de España por alianza, por matrimonios, por herencias en todo el siglo xvi, es nada en comparación de este gran principio de unidad católica y latina, de resistencia contra el Norte y contra la herejía y la barbarie que constituye en el siglo xvi el alma y el verdadero impulso y la verdadera grandeza de nuestra raza... Ante todo la España del siglo xvi es un pueblo católico; más diremos, un pueblo de teólogos... y si quisiéramos reducir a fórmula el estado social de España en aquel siglo diríamos que venía a constituir una *democracia frailuna*.”

FELIPE II.—No es menor el entusiasmo que expresa al hablar de Felipe II, el “demonio del Mediodía”, como le llamaban los protestantes holandeses al falsear su historia; falseamiento que Menéndez y Pelayo logra descubrir reivindicando al monarca español, al Rey Prudente, el más grande quizá de nuestra Historia. Veamos lo que dice de él D. Marcelino: “Felipe II no fué un santo, ni nadie trata de canonizarle. Como hombre tuvo pecados y debilidades graves y frecuentes; como gobernante cometió verdaderos yerros, aunque no es suya toda la culpa. Pero ni fué tirano, ni opresor de su pueblo, ni matador de sus libertades, ni tampoco le negará nadie el título de grande hombre... En su oficio de Rey, llegó al *summum* de lo tenaz, laborioso y persistente... y su mente estuvo siempre al servicio de grandes ideas: la unidad de su pueblo y la lucha contra la Reforma.”

EL CONCILIO DE TRENTO.—Al hablar del Concilio de Trento elogia a aquellos sabios teólogos que acudieron en nombre de España a fijar las doctrinas del dogma católico, comenzando por los jesuitas que asistieron como Diego Lainez, Alfonso Salmirón y Francisco de Torres. “Si media Europa no es protestante —afirma— débelo en gran manera a la Compañía de Jesús. España, que tales varones daba, fecundo plantel de santos y sabios, de teólogos y de fundadores, figuró al frente de todas las naciones católicas en otro de los grandes esfuerzos contra la Reforma, en el Concilio de Trento, que fué tan español como ecuménico, si vale la frase.”

También celebra a Melchor Cano, “el más culto y elegante de los escritores dominicos”, y después de ponderar los nombres de otros más—que omito para no cansaros—dice: “Y a tanto brillo de ciencia, y a tan noble austeridad de costumbres, juntábase una

entereza de carácter, que resplandece hasta en nuestros embajadores Vargas y D. Diego de Mendoza. *¿Cuándo ha sido España tan española y tan grande como entonces?*”

LA INQUISICIÓN.—Al igual que supo destruir la leyenda negra en lo concerniente a Felipe II desvanece los tópicos que pesaban sobre la Inquisición, inspirando el hermoso trabajo que después publicó el heroico Carlos Miralles sobre el mismo tema en *Acción Española*. “La Inquisición—afirma M. Pelayo—apuraba todos los medios benignos y conciliatorios” y lejos de ser un freno de nuestra cultura “nunca se escribió más y mejor en España que en esos dos siglos de oro de la Inquisición. Que esto no lo supieran los constituyentes de Cádiz, ni lo sepan sus hijos y sus nietos, tampoco es de admirar, porque unos y otros han hecho vanagloria de no pensar, ni sentir, ni hablar en castellano.”

EL SIGLO XVIII.—Al estudiar las causas de nuestra decadencia en el siglo xviii y de la pérdida de nuestro Imperio colonial él las descubre en el influjo de las doctrinas enciclopedistas introducidas en España al advenimiento de la casa de Borbón y sostenidas y defendidas por aquellos ministros atrabiliarios y masones—como el Conde de Aranda, Floridablanca y Campomanes—que se carteaban con Voltaire y que arrojaron en España el virus de las doctrinas rousonianas que tan funestas consecuencias nos han traído en los momentos actuales.

EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS.—Una de las cosas que más deplora D. Marcelino es la expulsión de los jesuitas en tiempos de Carlos III, expulsión que según él contribuyó a dos cosas: a la decadencia y detrimento de las letras patrias, como acertadamente prueba en su documentada *Historia de las ideas estéticas* y a la sublevación de los indios guaraníes en las Misiones del Paraguay, regentadas por los jesuitas y que fueron el primer foco de insurrección de las colonias americanas contra la metrópoli. “¿Qué autoridad moral ni material habían de tener sobre los indígenas del Paraguay ni sobre los colonos de Buenos Aires los rapaces agentes que sustituyeron al evangélico gobierno de los Padres, llevando allí la defraudación y la inmoralidad más cínica y desenfrenada?”

EL IMPERIO COLONIAL.—Esto lo confirma haciendo suyas las palabras del americano Roa Bárcena cuando dice: “De dos maneras contribuyó el liberalismo de la Península a la pérdida de las Américas: difundiendo en las masas los gérmenes del filosofismo

y anarquía que encerraban las leyes de las Cortes de Cádiz... y haciendo al mismo tiempo que los elementos conservadores se agrupasen en torno del estandarte de la independencia para guardar las instituciones y costumbres cuya desaparición se creían segura, si se prolongaba nuestra independencia de la metrópoli.”

LA MASONERÍA.—Otro factor esencial señala M. Pelayo entre los que contribuyeron a la rebeldía y emancipación de nuestro imperio colonial. La actuación de las sociedades secretas, especialmente la francmasonería, tan desarrollada en España durante el siglo XVIII y cuyos tentáculos se extendían más allá de los mares, en el nuevo Continente, donde se establecieron logias que mantuvieron correspondencia y ejecutaron órdenes recibidas de las que actuaban en España.

Con su peculiar galanura de estilo y su perspicacia para ahondar en los orígenes de los hechos humanos, dice el Maestro: “Las sociedades secretas son muy viejas en el mundo. Todo el que obra mal y con dañados fines se esconde: desde el bandido y el monedero falso y el revolver de pueblos hasta el hierofante y el sacerdote de falsas divinidades que quiere, por el prestigio de terror y de los ritos nefandos y de las iniciaciones arcanas, iludir a la muchedumbre y fanatizar a los adeptos. De aquí que lo que llamamos *logias* y llamaban nuestros mayores *cofradías* y *monipodios*, existen en el mundo desde que hay malvados y charlatanes; es decir, desde los tiempos prehistóricos. La credulidad humana y el desordenado afán de lo maravilloso es tal, que nunca faltará quien la explote y convierta a la mitad de nuestro linaje en mísero rebaño, privándola del propio querer y del propio entender.”

Admirables y proféticas palabras que vienen como anillo al dedo a explicar en parte lo ocurrido en España en los tiempos presentes, donde tanto “bandido y revolver de pueblos”, de origen judeo-masónico, cuyos nombres están en la memoria de todos, y por eso no les señalo, han contribuido al estado de postración y a la guerra dolorosa que padecemos y de la que saldremos victoriosos, Dios mediante, si prevalece como hasta ahora el espíritu inmortal y patriótico que anima la obra ingente del glorioso D. Marcelino.

El cual, continuando con el mismo tema en lo relativo al reinado de Fernando VII, afirma rotundamente: “No resultaría completo el cuadro de los desastres y miserias de aquel reinado tristísimo, si no dijéramos algo del evidente y sabio influ-

jo de la heterodoxia enciclopédica, representada por las logias francmasónicas de uno y otro lado de los mares, en la desmembración de nuestro poderoso imperio colonial.”

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.—La epopeya de nuestra guerra de la Independencia, tan semejante a la actual, pues en una y otra tratamos de sacudirnos el yugo extranjero representado secularmente por Francia y ahora por Moscú con el apoyo de la vecina nación, le inspira al sabio montañés palabras de acendrado patriotismo que voy también a recoger aunque caiga es vuestro enojo por fatigaros más de la cuenta. “Nunca, en el largo curso de la Historia, despertó nación alguna tan gloriosamente después de tan torpe y pesado sueño como España en 1808... Pero ¡qué despertar tan admirable! ¡Dichoso asunto en que ningún encarecimiento puede parecer retórico! ¡Bendecidos muros de Zaragoza y Gerona, sagrados más que los de Numancia; asperezas del Bruch, campos de Bailén, épico juramento de Langeland y retirada de los 9.000 tan gloriosa como la que historió Jenofonte!... ¿Qué edad podrá oscurecer la gloria de aquellas victorias y de aquellas derrotas, si es que en las guerras nacionales puede llamarse derrota lo que es martirio, redención y apoteosis para el que sucumbe y prenda de victoria para el que sobrevive?”

MATANZA DE FRAILES.—Santa indignación producen en el Maestro las atrocidades cometidas por el populacho en las algaradas revolucionarias del pasado siglo, comenzando por la tristemente célebre “matanza de frailes” de 17 de Julio de 1834, durante el gobierno de Martínez de la Rosa, hecho que describe magistralmente, con todo lujo de detalles y que califica como el más vergonzoso de nuestra historia contemporánea. ¿Qué hubiera escrito si hubiera vivido en los actuales tiempos, en que el odio satánico que introdujo en España el veneno marxista ha colmado en sus horribles suplicios, cuanto pensara la imaginación más calenturienta y refinada en maldades y en actos de crueldad?

Parece, sin embargo, que se refiere al momento presente cuando dice: “Hundido en aquella sangrienta charca el prestigio del gobierno moderado, la anarquía levantó triunfante, indómita, su cabeza por todos los ámbitos de la Península.” Cambiad esta palabra por “España roja” y el párrafo recobra actualidad.

REVOLUCIÓN DEL 69.—Como de actualidad puede considerarse lo que dice de la Revolución del 69, que fué un anticipo de lo que había de ocurrir en nuestra Patria desde el año 31 del pre-

sente siglo: “La revolución de España seguía desbocada, y después de haber proclamado la libertad de cultos, aspiraba a sus legítimas consecuencias: la secularización del matrimonio y de la enseñanza.”

APOLOGÍA DE LA ESPAÑA CATÓLICA.—Voy a terminar glosando una de las páginas más hermosamente escritas por el Maestro en la que sintetiza todo su fervor patriótico y su fe en los destinos de España. Me refiero al famoso *Epílogo* de la *Historia de los heterodoxos*, de que os hablé antes, donde canta la unidad de España no sólo en la lengua, en el arte, en el Derecho, sino en la creencia. “Esta unidad se la dió a España el cristianismo”. Y luego emocionado por las grandezas patrias debido a ese influjo bienhechor dice con alto orgullo: “España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vec-tones, o de los reyes de Taifas.”

Profecía que se ha cumplido en los actuales momentos, al observar en el mapa de la España roja esa serie de republiquetas y de gobiernos autónomos en que ha estado y sigue estando fragmentada, hasta que las armas victoriosas del Caudillo anexionaron algunos de ellos con la esperanza firmísima de unir el resto bajo su mando único, cosa que no tardará en realizarse, porque como opina el sabio, siguiendo en su papel de profeta o vidente, que esa es también la característica del genio, “aún puede esperarse que, juntas las almas por la Caridad, torne a brillar para España la gloria del Señor y *acudan las gentes a su lumbré y los pueblos al resplandor de su Oriente.*”

Palabras semejantes a las que escribe, anticipándose a Spengler, en sus *Ensayos de crítica filosófica* refiriéndose a España, a la España que acaba de morir y que ojalá no resucite más:

“Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que engañado por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos traspanojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es lo único que redime y ennoblece a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento la sombra de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuan-

to en la Historia nos hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyos recuerdos tienen virtud bastante para retardar nuestra agonía. ¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular!”

Estos pueblos son para Menéndez y Pelayo, los que nos han apoyado sin reservas desde un principio en la actual contienda y a los que yo envío desde aquí un afectuoso saludo de gratitud: Alemania e Italia, los modelos que debemos imitar según el Maestro.

“La tradición teutónica fué el nervio del renacimiento germánico. Apoyándose en la tradición italiana, cada vez más profundamente conocida, construye su propia ciencia la Italia sabia e investigadora de nuestros días, emancipándose de la servidumbre francesa y del magisterio alemán. Donde no se conserve piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en su segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil” (1).

* * *

Perdonad, señores, si me he extendido más de la cuenta en este modesto discurso apologético de la obra del gran Menéndez y Pelayo. Son tantas las ideas que pueden extraerse de la enorme cantera de sus producciones, que con solo unas cuantas—ya lo veis—he podido entreteneros largo rato, abusando sin duda de vuestra paciencia por mi torpe exposición.

¡Y aún le quedaban al sabio apetencias de sabiduría cuando hasta en la hora de la muerte pronuncia su admirable frase de todos vosotros conocida: “¡*Qué lástima morir cuando me queda tanto por leer!*” Sublime expresión comparable a aquella otra de nuestro Redentor cuando en el momento de la agonía exclamaba: ¡*Sitio!* Tengo sed. También Menéndez y Pelayo, verdadero discípulo de la Ciencia española tenía *sed de leer*, eso que había apurado muchas de las fuentes de la sabiduría que se ocultaban en las bibliotecas de todos los países.

(1) M. Pelayo: *Ensayos de crítica filosófica*, pág. 364.

Imitémosle en lo posible de nuestras fuerzas, trabajando por las grandezas de España y por la reivindicación del buen nombre que tuvo en otros tiempos. Hagamos una Universidad digna de la nueva España que está naciendo, en la que profesores y alumnos bien compenetrados rindamos todo nuestro esfuerzo para elevar la cultura y la dignidad moral y material de nuestra Patria.

Porque los marxistas habrán podido destruir nuestras iglesias, nuestro tesoro y las vidas caras de muchos españoles ilustres, pero no han podido destruir nuestra cultura y nuestra civilización occidental y cristiana.

Un hecho significativo ha sido el respeto que en Santander les ha merecido a los rojos la Biblioteca de nuestro Menéndez y Pelayo, la que no han saqueado ni destruído, seguramente por inexcrutables designios de la Providencia que ha querido conservar en ella toda la ciencia acumulada por el sabio español y católico.

Y es que Dios ha querido, sin duda, que la Ciencia española, simbolizada por aquél, sea indestructible como su propio espíritu. Como indestructible es también la España que ahora defendemos y a la que tanto amó el Maestro hasta su muerte.

He dicho.

Granada 15 Octubre 1937. II Año Triunfal.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



900243635

BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA